

NOTAS Y TEXTOS

EL XXXII CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL (BUENOS AIRES)

A sæculo non est auditum (Joan. 9, 32).

No se tome a hipérbole el lema. Está en su punto como exclamación cristiana de quien mucho admira un grande acontecimiento. Se trata de un milagro de la divina gracia, de un hecho pasmoso que interesa mucho a la apologética católica. Todos cuantos en él tomaron parte, y son tantos como veremos, están contestes en que ha sido estúpido, sin que nadie se atreva a decir que lo había previsto (1).

Tuvo lugar en la región de la inmensa ciudad de Buenos Aires, que se llama Palermo, hermosísima por sus avenidas, paseos y jardines, que sirvieron maravillosamente al efecto. En el punto más céntrico se levantó una cruz enorme de cemento armado, que dejó oculto en su seno el monumento de los españoles, el más admirado de cuantos adornan la inmensa urbe. Sobre el pedestal de la misma, en las cuatro caras del árbol de la cruz, cuatro altares de una absoluta sobriedad litúrgica en el adorno, y a un lado del mismo grandioso pedestal otro altar con el trono para el Legado Pontificio, cubierto todo él de cristales, necesaria prevención por su altura contra posibles inclemencias del tiempo.

Horas de cielo fueron aquellas concentraciones de masas humanas en Palermo, en las cuales todos los hombres nos sentíamos de veras hermanos. Grandes y pequeños, jóvenes y viejos, todos admira-

(1) Quien más acertó en el juicio de lo que iba a suceder, dos días antes del hecho, fué Monseñor Enrique Pucci, director del servicio de Prensa del Vaticano. *La Nación* de Buenos Aires, en su número 22.691 (miércoles, 10 octubre), publicaba un comunicado del mismo prestigioso prelado, que contenía estas palabras: "Cuando anoche esta bella y potente nave italiana fué invadida por una multitud de representantes argentinos...: entonces hemos tenido la sensación precisa de hallarnos en la víspera del más grande, más solemne, más inolvidable triunfo del Rey Divino que haya podido realizarse en la tierra."

ban, todos ponderaban aquello grande, sublime, que estábamos presenciando. Las muchas incomodidades que forzosamente ocasionaba tanta afluencia de gente desaparecían por la intensidad del sentimiento religioso del incontable público, sin apuntar la menor impaciencia.

La Providencia divina tomó la mano y llevó la voz cantante en este magno acontecimiento; y Jesús Sacramentado quiso mostrarnos algo de lo que es su gran reino. En lo humano, que ha de contribuir en su grado en lo que Dios hace en los hombres, el efecto se debió a una grandísima cantidad de personas de todos estados y condiciones. Era una frase que sonaba a menudo durante los dos años de preparativos: "Todos hemos de aportar nuestro granito de arena al Congreso." La oímos repetidas veces, por ejemplo, de labios del ilustrísimo Vicario General de la Archidiócesis, Mons. Rocca; y al oírla de los mismos directores de tan gran obra, se notaba que todos se sentían pequeños ante tanta grandeza, como Salomón al edificar el templo por antonomasia al Dios de Israel.

Esta impresión de humildad, propia del buen sentido, y tan conforme al Evangelio, hacía que se organizasen las fuerzas católicas en todos los terrenos como para librar una batalla general al socialismo y al laicismo modernos.

Un libro fuera menester para mencionar los nombres de cuantos formaban las juntas que se habían constituido bajo la autoridad del Excmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Santiago Luis Copello, y la de su delegado, el Presidente del Comité Ejecutivo del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, Mons. Dr. Daniel Figueroa, quien sin perdonar fatiga desarrolló una actividad de todo punto extraordinaria en el desempeño de su complicadísimo cometido (1).

Véanse las listas de nombres de las múltiples juntas en el Anua-

(1) En la capital federal era sentimiento general el de que había una magnífica organización del Congreso muchos meses antes del mismo, pero con una competencia excepcional en la materia subrayó el hecho el Excmo. Sr. Obispo de Namur, Monseñor Tomás Heylen, presidente del Comité Internacional de Congresos Eucarísticos, en las declaraciones que hizo a *La Nación* (l. c.). "El Congreso preparado con más perfecto sentido de organización, es el que va a iniciarse ahora en Buenos Aires. La preparación espiritual de los fieles que van a participar en este Congreso es el primer factor que se requería para tal resultado. Y dicha preparación, por la plegaría, por la elevación de las almas, ha sido en este caso excepcional."

rio Católico Argentino, 1934 (Buenos Aires, Avenida de Mayo, 1.396), y la Guía oficial del Congreso Eucarístico internacional. 10-14 octubre 1934. Buenos Aires, publicación oficial del Comité Ejecutivo del XXXII Congreso Eucarístico Internacional. Avenida Alvear 1.660 Buenos Aires, 1934. (Con un tiraje inicial de 300.000 ejemplares) (1).

(1) Para conocer a fondo la preparación de este Congreso, siempre se consultará con provecho la obra del prestigioso diario de la capital, *La Razón*, titulada "Congreso Eucarístico Internacional 1934, que lleva en su primera página la siguiente dedicatoria: "Con motivo del trigésimo segundo Congreso Eucarístico Internacional que se realizará en la ciudad de Buenos Aires del 10 al 14 de octubre del presente año, *La Razón* dedica esta obra a Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, al mundo católico, y la ofrece como homenaje de adhesión y respeto al Sumo Pontífice Su Santidad Pío XI, MCMXXXIV." Esta producción ofrece garantías de notable exactitud, porque se compuso mediante la colaboración de numerosas personas de las que figuraban en primera línea en la preparación del Congreso Eucarístico, las cuales recibieron por vía del mismo periódico una cálida recomendación del Sr. Arzobispo de Buenos Aires, para que accediesen a dar los datos que se les demandasen. Un número, espécimen de lo que iba a ser la obra, llevaba la lista de los personajes a quienes *La Razón* había invitado a colaborar con autógrafos y artículos a la misma obra.

Servirá al mismo efecto un grande Album del Congreso Eucarístico que se ha empezado a publicar, y será de un arte primoroso, a juzgar por las cuatro primeras entregas que aparecieron. Asimismo se pueden consultar con provecho gran número de revistas, tanto las de carácter devoto o en general eclesiástico, como aún las de estilo menos religioso y más mundano, que por seguir la corriente francamente nacional han dado a luz números extraordinarios con abundantes grabados y artículos llenos de unción religiosa y eucarística. Para mencionar algunas citaremos el *Mensajero del Sagrado Corazón* (Andino-Platense), y *El Salvador*, órgano del Colegio de este nombre (PP. Jesuitas), n. 101, que son un tesoro de recuerdos eucarísticos por sus láminas, reproducción de cuadros y custodias. Los italianos residentes en la Argentina, después de haber editado durante un año la revista *Il Cenacolo*, del mejor gusto artístico, adaptada a tan grandes fiestas eucarísticas, han finalizado con un número extraordinario, que hace entrar por los ojos su gran participación en beneficio del gran Congreso. Aún más descuella entre los números de revista consagrados al magno acontecimiento el extraordinario de la *Revista Eclesiástica* (Arzobispado de Buenos Aires), con material muy científico y adecuado, referente al culto del Santísimo en estas regiones. Entre las revistas que alejadas de ordinario del ambiente religioso, súbitamente han sentido los grandes fervores eucarísticos, se cuentan *Caras y Caretas* en tres números (1.879-80-81) y *Atlántida* (11 octubre), que forman de por sí un bello recuerdo de la devoción de Buenos Aires al irse a celebrar el Congreso Eucarístico. El semanario *Para Ti*, núm. 648, es una preciosidad religiosa por sus bellísimas láminas y fervientes y bien documentados artículos. Aún

El auto de creación de las Comisiones Ejecutivas del Congreso Eucarístico Internacional de 1934, lleva la fecha de 24 septiembre del año del Señor de 1932, y está firmado por Santiago L. Copello, obispo de Aulón, Vicario Capitular. En octubre de 1933 el mismo Monseñor Dr. S. L. Copello, ya arzobispo de Buenos Aires, dirigió una carta a todos los señores Cardenales, Arzobispos y Obispos del mundo, dándoles cuenta de la futura realización en esta capital del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, e invitándolos a asistir al mismo, acompañados por representaciones de sus respectivas diócesis.

A partir de esta fecha, la gran preocupación de los prelados de la República por el buen éxito del Congreso Eucarístico se pone de relieve en una Carta Pastoral del venerable Episcopado Argentino. Índice de los ideales eucarísticos que los acuciaban son las siguientes expresiones de este documento: "Es necesario que todos entiendan la grave responsabilidad que nos incumbe de no omitir esfuerzo alguno para lograr que el triunfo mundial de nuestro divino Rey sacramentado sea verdaderamente magnífico y, si fuera posible, el más grandioso que se le haya tributado jamás en la tierra, tanto por el fervor religioso y transformación interior de los corazones de todo nuestro pueblo, como por el brillo exterior del culto público rendido en nuestros templos, calles y plazas, por todas las clases sociales; hermanadas entre sí y con los representantes de todas las demás naciones, en la luz de una sola fe, en la llama de un solo amor y en la armonía de un solo himno triunfal de la Divina Eucaristía." La realización u obtención espléndida de estos magníficos objetivos es lo que nos toca reseñar.

Los grandes preparativos

Congresos Eucarísticos Diocesanos. Fueron éstos como unos ensayos, pero sobre todo despertadores de la conciencia nacional cató-

dos números (878-9) de *La Novela Semanal* excitan devotos sentimientos por sus portadas y algunas láminas, aunque la novela no sepa abandonar su frivolidad. Citamos como al azar lo que a mano viene, sin querer hacer una bibliografía en que habría que citar desde luego una infinidad de pequeñas revistas, pues todas las de carácter religioso se han querido señalar. Entre los diarios caracterizados por su interés en informar sobre el Congreso, como son *El Pueblo*, *La Nación*, *La Razón*, *El Crisol*, etc., se ha señalado por sus fotograbados *La Nación*, y por sus interminables, serias y seguras crónicas.

lica y de la pública opinión en pro de la magna apoteosis de la Eucaristía. Todos ellos alcanzaron extraordinaria solemnidad.

El primero de la serie, y que ya llegó al colmo de lo que podía ser, superando todas las previsiones, tuvo lugar en la ciudad de Tucumán. Cuantos lo presenciaron se hacían lenguas del éxito magnífico que tuvo, señalándose por las comuniones generales de los concurrentes. En el acto de clausura tomó parte simplemente toda la ciudad, pudiendo afirmarse que toda ella contribuyó entusiastamente a la glorificación de la Eucaristía.

En la diócesis de Santa Fe, el Obispo (actualmente Arzobispo), Monseñor Fasolino, escogió para celebrarlo la ciudad de Rosario, la segunda en industria y comercio y población de la República. Meses después, el prelado no acababa de salir de su admiración por el buen resultado obtenido. En este Congreso, celebrado en una ciudad en que el espíritu comercial parecía ahogar el religioso, admiraron todos una magnífica procesión nocturna de hombres, en columnas interminables, los que se dirigieron a los templos para asistir a las misas de comunión general, celebradas a media noche.

El tercer Congreso diocesano preparatorio fué celebrado en Córdoba, la ciudad católica por excelencia en la Argentina. Descontado estaba el gran triunfo de la Eucaristía, pero entre la magnificencia del conjunto descolló un hecho que hizo poner el grito en el cielo a los sectarios del socialismo. Fué la comunión de quince mil niños en el hermoso parque Sarmiento.

Por semejante estilo, siempre sorprendiendo la pública opinión por la hermosura de los resultados de grandes concentraciones alrededor del Sagrario y de la Custodia, se fueron sucediendo en el curso del año anterior al Congreso Internacional de Buenos Aires, los diocesanos de Corrientes, Paraná, Salta, La Plata, Santiago del Estero y Mendoza. La excesiva extensión que hasta el presente tenían las más de las Diócesis de la Argentina permitió que todavía se celebrasen otros lucidísimos Congresos Eucarísticos, sin llegar a ser diocesanos, como los de las Gobernaciones de Misiones y La Pampa, en las ciudades de Posadas y Santa Rosa, y el de Viedma.

El augurio de lo que iba a ser el Congreso E. de Buenos Aires no podía ser más halagüeño. El pueblo argentino en todas partes respondía noblemente al llamamiento de Jesús eucarístico, y la capital federal no podía estar en pugna con la nación, y no lo estuvo. Era, no

obstante, cuestión de llenar una infinidad de requisitos, y hacer en lo humano lo que correspondía a tan levantados designios, y no tentar a Dios.

Entre tanto, el Arzobispo de Buenos Aires, en su Pastoral sobre el XXXII Congreso E. I., de 18 de febrero de 1934, promovía eficazmente los preparativos inmediatos para el gran éxito anhelado, poniendo al efecto en movimiento a toda su archidiócesis. "No queremos terminar—decía—sin encarecer, una vez más, a todos los señores sacerdotes del Clero secular y regular, a todas las Comunidades y asociaciones y a todos los fieles, que secunden con renovado entusiasmo las actividades e iniciativas de la Comisión que hemos nombrado para organizar el Congreso."

La unción evangélica de este documento, propio de un gran Pastor de almas, imprime carácter sobre los preparativos próximos del Congreso E. I. de Buenos Aires. Por necesidad hubo muchas Comisiones encargadas de lo temporal y material que entraba en juego en él; pero lo más saliente y más amplio en su preparación fué lo espiritual y lo sobrenatural. La prueba va al canto, por lo dispuesto por el Prelado, y ejecutado por los fieles. Campea en innumerables actos religiosos la recitación de la Plegaria pro Congreso. Millares y millares de corazones inocentes en Asilos y Casas de Beneficencia repetían a diario a las puertas del Sagrario frases como ésta: "Benedicid el Congreso Eucarístico que para vuestra mayor gloria vamos a celebrar."

Por auto de 30 de enero 1933, dispuso la autoridad eclesiástica que en todas las iglesias y capillas del Arzobispado se dedique un domingo de cada mes a una función eucarística solemne, donde también se había de recitar la oración pro Congreso.

La insignia del Congreso

Muy pronto se ideó y difundió el distintivo oficial del mismo, que viene así descrito: Está hecho en forma de escudo, porque el Santísimo Sacramento es nuestra defensa en la vida y en la muerte. Tiene como fondo la bandera argentina, símbolo de la patria. Lo rodea una franja blanca y amarilla, colores de la insignia pontificia, para significar la unidad de los fieles en la obediencia al Vicario de Cristo. Su parte inferior está modelada conforme al escudo que don Juan de Garay dió a la ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires: un

águila coronada cobijando bajo sus alas cuatro aguiluchos, y sosteniendo en su garra una cruz roja. Es simbólico y profético; Buenos Aires surgió a la vida, iluminada por los rayos de la cruz redentora... En nuestro escudo, Buenos Aires, simbolizada por el águila, levanta con santo orgullo en la Hostia eucarística a Cristo Rey... para que sobre los pliegues de la bandera azul y blanca Jesucristo Dios sea reconocido como Rey del mundo, y aclamado Señor de la Humanidad.

Multitud de fieles han llevado sobre el pecho este distintivo durante largos meses, siguiendo el ejemplo de los eclesiásticos, religiosos y religiosas; y fué una nota típica y hermosísima de la última fase de la preparación del Congreso el aparecer este escudo metálico en grandes tamaños y número incalculable fijado en las fachadas, puertas y balcones de las casas de Buenos Aires (1).

(1) En particular eran muchísimos los comercios que se honraban y anunciaban con escudos del Congreso, a menudo iluminados. Mucho antes de su celebración había confitería que, por las noches, lucía cuatro escudos iluminados. Una zapatería se honraba con doce, colocados en otras tantas divisiones de sus grandiosos escaparates. Llevó la palma en este pugilato por aparecer congresistas ostentando el distintivo de la Chade (Compañía Hispano Americana de Electricidad), que transformó el mejor anuncio de su fluido en un escudo eucarístico de fantásticas proporciones, iluminado a maravilla, emplazado a grande altura en las mejores condiciones para ser contemplado a distancia. También se señalaron en esta manifestación los bazares del prestigioso comerciante español Roger y Balet. Ni eran pocas las casas que junto a los escudos afirmaban expresamente su adhesión al Congreso. Hubo comercio, como la casa española Segura, que la semana anterior al Congreso daba cada día sus anuncios por la Radio, intercalados entre recitaciones piadosas del Santoral que su agente leía en el micrófono, cantos de los himnos eucarísticos y noticias referentes al mismo Congreso. Es justo que al anotar este género de propaganda hagamos también mención honorífica de los grandes carteles con toda clase de anuncios del Congreso, y en especial de los que contenían la imagen del Salvador, que se fijaron en cantidad enorme por todos los ámbitos de Buenos Aires, meses antes de las grandes solemnidades. Sin duda, el peligro de irreverencias contra la sagrada imagen, y el ver lo desfigurada que quedaba ésta por la acción de los elementos, retrajeron de insistir en esta campaña, que fué sustituida con inmensas ventajas por la de los escudos. Los socialistas, que soñaron un tiempo en impedir el Congreso o en disminuir, al menos, su grandiosidad y trascendencia, recurrieron al desesperado sistema de amenazar las casas que ostentasen el escudo, y aun ensuciaron unas pocas (se pueden contar con los dedos) con betún o alquitrán. El atentado contra la libertad coadyuvó a su descrédito, y en lo sucesivo se escurrieron como si no hubiesen dicho nada. También habían querido espantar con planes de echar

Un factor muy valioso de esta propaganda inteligente y espiritual para el buen éxito del futuro Congreso, fué un folleto editado con mucha anticipación, que daba la idea clara del mismo. Se titula, *Congresos Eucarísticos Internacionales. Características y desarrollo de los mismos. Publicación oficial del Comité Ejecutivo*, con un tiraje de medio millón de ejemplares, que se expendía gratis y circuló por todo el mundo. Proponía así el fin que tantos trabajos preparatorios habían de obtener y obtuvieron: "Hagamos votos para que en el futuro Congreso Eucarístico Internacional a celebrarse en Buenos Aires el año de 1934, se tribute a Jesús Sacramentado el mayor homenaje de adoración y de amor que hasta el presente en la historia de la humanidad le hayan tributado las naciones todas de la tierra, y que nuestra ciudad conquiste para siempre el título más glorioso a que puede aspirar un pueblo. Que sea llamada por los siglos de los siglos Ciudad Eucarística, ciudad predilecta del Dios del cielo, donde todos sus hijos aclaman a Jesucristo Rey del mundo y Señor de la Humanidad."

Las Secciones Extranjeras pro Congreso

Más que mediana fué la influencia de estas secciones o colectividades en el triunfo final. Para saber la facilidad con que surgieron, se multiplicaron y agrandaron, hay que advertir que Buenos Aires, la

bombas por las iglesias para hacer huir a los fieles, mas, al fin, los espantados fueron ellos, reducidos a la impotencia y al silencio. Que fueran ciertos los planes malvados, se saca de una circular del secretario del Arzobispo a todos los párrocos, encargados de iglesia o capellanes. "Por encargo—decía—de Su Excelencia Reverendísima Mons. Santiago Luis Copello, me es grato dirigirme a usted para manifestarle que con la proximidad del Congreso Eucarístico Internacional aumente las medidas de precaución en el cuidado de los templos, inspeccionando su interior antes de cerrarlos, y procurando vigilar a las personas desconocidas que lleven valijas o paquetes, a fin de evitar en lo posible alarmas o sorpresas desagradables." Por lo que sabría el Poder Ejecutivo, la autoridad eclesiástica se conformó en adelantar una hora las concentraciones de la tarde en los días del Congreso, a fin de terminar antes de la noche. Mas como veremos, el acto más memorable del mismo tuvo lugar en plena noche, desde las 22 del 11 octubre hasta las tres, y más adelante del 12. Y no sólo no chistó en contra el socialismo, sino que seguramente tuvo que ver a muchos de sus antiguos afiliados interesándose por la gran comunión de hombres, y renunciando a los postulados típicos del partido.

séptima ciudad del mundo por su población, es probablemente la más cosmopolita por la heterogeneidad de sus habitantes y multitud de sus razas. En los comercios se ven anuncios en todas las lenguas; y hay periódicos en todas ellas. Cuéntanse en la ciudad cien mil gallegos, fuera de otros numerosísimos españoles; pero hay razones para creer que son más los italianos.

El empuje con que se hicieron estas secciones, como propaganda para el Congreso, viene expresado a maravilla por lo que oímos de labios del presidente de la Italiana, el R. P. da Monte Rosso, capuchino genovés (1), a saber, que quería movilizar para el Congreso Eucarístico, a fuerza de juntas de honor y de acción en todas partes, los tres millones de italianos que contiene la República. Hasta 26 secciones extranjeras se constituyeron, algunas correspondientes a varias nacionalidades por la identidad de lengua entre ellas. Así que a estas secciones respondieron las 40 delegaciones extranjeras del Congreso: Alemana, Austríaca, Armenia, Belga, Boliviana, Brasileña, Búlgara, Caldea, Chilena, Checoeslovaca, Colombiana, Croata, Cubana, Eslovena, Española, Filipina, Francesa, Greco-Melquita, Holandesa, Húngara, Inglesa, Italiana, Irlandesa, Lituana, Maronita, Mejicana, Nicaragüense, Norteamericana, Panameña, Paraguaya, Peruana, Polaca, Portuguesa, Salvadoreña, Suiza, Siria, Sud-Africana, Uruguay, Venezolana, Yugo eslava.

Estas secciones imprimían de antemano al Congreso el carácter de un internacionalismo formidable para cuantos querían secuestrar este nombre simpático en pro de credos laicistas. La acción particular de las mismas en el extranjero adquiriría su máxima eficacia por las comunicaciones del Comité Ejecutivo dirigidas a todas las naciones por la agencia A. P. I., Agencia Periodística Internacional, oficialmente designada para la difusión del XXXII Congreso Eucarístico Internacional. Información gratuita. Reproducción autorizada. Este Boletín oficial se enviaba cada mes a mil periódicos por *El Pueblo* —Buenos Aires—, diario nacional del catolicismo argentino.

Por medio de estas agrupaciones extranjeras, y por otras muchas nacionales, se multiplicaban las fiestas eucarísticas preparatorias. Pero

(1) En Buenos Aires tienen casa y parroquia propia, la de Santa María de los Angeles, los PP. Capuchinos genoveses; y otra casa y parroquia, la de Nueva Pompeya, muy devota y frecuentada, los capuchinos españoles.

nada tan eficaz para dar realce a semejantes preparativos y mover al pueblo como las procesiones o concentraciones eucarísticas inter-parroquiales, en que varias parroquias vecinas cooperaban a los mismos actos.

Misiones

Con mucha anticipación el Comité Ejecutivo proyectó que se diesen múltiples misiones como preparación espiritual y sobrenatural. En realidad se dieron varias con fruto notable, a juzgar por las fiestas eucarísticas de clausura. Pero no se insistió en ellas tanto cuanto se había pensado en un principio. Era que se había excogitado un nuevo procedimiento de que daba cuenta el secretario del Sr. Arzobispo en comunicación oficial, a todos los párrocos y rectores de iglesias, de este tenor: "Tengo el agrado de dirigirme a usted, por disposición del Excelentísimo Sr. Arzobispo, para recomendarle encarecidamente que se interese por el éxito de la Misión Radiotelefónica, la cual se llevará a cabo por medio de la Estación Radio Mayo L S 3, de 19'15 a 20'15 horas, durante la semana que corre del 15 al 22 del actual mes de septiembre. Para obtener de esta singular Misión el mayor fruto espiritual que sea posible, S. E. Rvdma. dispone: 1) Que organice para el domingo 23 una Comunión general y una procesión, a fin de facilitar el lucro del Jubileo. 2) Que prepare para el lunes 24 otra Comunión general para los enfermos, llevándola a las casas de éstos con todo el esplendor posible. Los misioneros fueron dos oradores sagrados muy caracterizados propagandistas, Mons. Gustavo Franceschi y Mons. Antonio Caggiano, preconizado obispo de la ciudad de Rosario. Mons. Franceschi, ya conocidísimo por sus semanales instrucciones religiosas por la Radio.

Imposible precisar el grande éxito de tan singular misión; pero no sólo es memorable por la cantidad fantástica de oyentes que obtuvo en la Argentina y en muchas otras naciones, sino por las muchas conversiones en que ciertamente influyó.

El Gobierno de la nación y el Congreso Eucarístico

Para comprender desde el punto de vista teológico lo que ha sucedido en el XXXII Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires, se impone el tener en cuenta el apoyo decidido que en toda la línea prestó la autoridad civil a la autoridad eclesiástica.

El que los altos funcionarios de la República encabezasen los Comités de honor no fué sólo decorativo. Se percibía bien que estábamos en el ideal de una perfecta inteligencia entre las dos autoridades, que era mérito de entrambas.

Esto es una inmediata explicación no sólo de la perfecta libertad exterior de la Religión en sus grandiosos actos, sino también de que se pronunciasen por los mismos actos, periódicos antes nada religiosos. Y sucedió el hecho sorprendente de que, desde días antes del Congreso pareció uno de los dos periódicos de mayor circulación de Buenos Aires, *La Nación*, haber asumido el cargo de cronista mayor de tan grandes acontecimientos, y hasta el fin lo desempeñó a maravilla (1).

Impresiones de la víspera

Las esperanzas de lo que iba a ser el Congreso las fijó la víspera del mismo el Nuncio Apostólico Mons. Felipe Cortesi en un comunicado especial remitido a *La Nación* (n. 22.690, pág. 1): "Buenos Aires—decía—, la gran metrópoli, parece como envuelta en una atmósfera de intensa religiosidad: quiere ser digna de que en ella sienta sus reales la asamblea mundialmente reunida para rendir a Cristo Sacramentado el más solemne de los cultos." Y poco más abajo: "La visión de un pueblo inmenso, cosmopolita, como lo es el de Buenos Aires, unido en sublime acto de adoración a Jesucristo, vivo y presente en la Santa Eucaristía, muestra con insuperable evidencia la divina virtud de la fe católica para unir a los hombres en esa fraternidad sobrenatural de los hijos de Dios."

El representante de Su Santidad en la Argentina hubo de tener muy buenas razones para formular un augurio tan optimista de lo que iba a ser el Congreso Eucarístico Internacional. Los hechos confirmaron plenísimamente su previsión.

No pretendemos describir todos los actos del Congreso. Su descripción exige un libro. Nos contentamos con indicaciones acerca de cuatro actos que justificaron los presentimientos del Excmo. Sr. Nuncio, *demonstrando con insuperable evidencia la divina virtud de la fe*

(1) Esto explicará al benévolo lector por qué nos servimos con preferencia de *La Nación* más que de *El Pueblo*, a pesar de poderse titular éste, sin arrogancia indiscreta, "Diario Nacional del Catolicismo argentino".

católica. Los actos que escogemos son: *La recepción del Legado; la Comunión de los niños; la de los hombres; la Clausura* (1).

La recepción del Legado Pontificio

Un editorial de *La Nación* (n. 22.687) hacer percibir con precisión cuál fuese la perspectiva que se ofrecía a los ojos de su eminencia el Cardenal Pacelli durante su viaje de venida en el "Conte Grande". "Considera—dice—particularmente como de importancia extrema las manifestaciones que se le ofrecerán en Buenos Aires, encabezadas por el Presidente de la nación, y sustentadas por ingentes masas católicas, hablándose en este sentido de las diversas nacionalidades que estarán representadas en el Congreso. La complacencia del Cardenal Pacelli por la certidumbre de las trascendentes circunstancias que presidirán el acontecimiento era manifiesta. Acto continuo se dirigió la conversación general a comentar la importancia de los actos eucarísticos de Buenos Aires en el sentido de contrarrestar los errores suscitados por ideologías avanzadas, manifestando el Cardenal Pacelli el interés de este aspecto de su visita. Siempre se habló de generalidades de aquélla y parecida índole."

Ya en Río de Janeiro el Legado del Papa, emocionado por la re-

(1) Como verá cualquiera que haya seguido el desenvolvimiento del Congreso, no son pocas las grandes manifestaciones y asambleas que pasamos por alto, ni de poca importancia aun en orden a lo que nos proponemos hacer resaltar. Además, sentimos no poder reseñar lo del día de la Raza (12 de octubre), por los dos discursos culminantes con que fué celebrada fecha tan memorable: el del Excmo. Sr. Obispo de Madrid, Dr. Eijo y Garay, y el del Primado de España, Excmo. Sr. Dr. Gomá y Tomás. El primero se pronunció en la segunda asamblea general en Palermo, durante el Pontifical celebrado por el Excmo. Obispo de Orihuela, Dr. Irastorza. El segundo, en el Teatro Colón, ante la más selecta concurrencia del Congreso. El primero, con gran galanura y celsitud de pensamiento, cantó las glorias de Cristo Rey en la vida moderna católica, especialmente con relación a la Acción Católica en su vida eucarística. El segundo fué un solemne alegato en pro de la Hispanidad, capaz de hacer volver en sí y al recto sendero del catolicismo a cuantos por prejuicios exóticos de los enemigos de España pretenden separar a nuestra Madre Patria del camino de sus tradicionales glorias católicas. No fué sólo éste el acto en que el Primado de la Iglesia en España hizo resonar con cálida frase glorias nacionales que, por el carácter religioso de la colonización de la América española, cabían armonizadas dentro del cuadro magnífico del Congreso Eucarístico Internacional.

cepción que allí se le tributó, comunicaba al Nuncio del Brasil, el Arzobispo Aloisi Masella, que su primer encuentro con tierra americana le anticipaba cuán imponentes van a ser las manifestaciones de fe católica que se realizarán en Buenos Aires, y las que suscitará su retorno a Río de Janeiro, el 20 y 21 octubre (1).

No podemos privarnos del gusto de transcribir una sucinta descripción de la entrada del Legado en la ciudad, que da *La Nación* (número 22.691), con un gran sentido de la realidad que vivimos. Dice así: "Buenos Aires vibró ayer en el largo clamoreo con que la ciudad vitoreó el Legado del Pontífice y aclamó el nombre del Vicario de Cristo. Fué como un reguero de pólvora que se encendió en la dársena junto al río epónimo, ganó el Retiro a lo largo de los muelles plomizos, se agigantó en la maravilla de la Avenida Santa Fe, engalanada de escudos, colgaduras y banderas, tuvo altas expresiones en la niñez entusiasta que festoneaba la Avenida Callao, y cobró las proporciones de una inmensa apoteosis en la Avenida de Mayo, y en la plaza gloriosa."

Particularicemos un poco más, guiados por la misma prensa y la visión directa de lo ocurrido. Total, unos seis o siete kilómetros de recorrido por el Legado en compañía del Presidente de la República, en que cada paso parecía más lucido que el precedente, teniendo por punto de partida un triunfo espléndido. En la Dársena Norte se habría creído que todos los entusiasmos que había podido excitar en Buenos Aires la venida del Legado Pontificio se habían volcado allí.

A las 15'30, como estaba anunciado, el Cardenal Pacelli pisaba tierra argentina. Monseñor Napal, semioculto entre los concurrentes, con un micrófono portátil, había ido haciendo la crónica oral desde la llegada del "Conte Grande", y se apresuró a decir con palabra velada por la emoción: —¡Su Eminencia el Legado de Su Sanitdad está ya en América, católicos del mundo! (2).

(1) V. *La Nación*, n. 22.688.

(2) Es justicia anotar en seguida que Mons. Napal mereció muy bien del Congreso Eucarístico, como locutor elocuente que en los actos principales coadyuvó no poco a mantener el espíritu y el orden. En lo que estamos relatando, le seguíamos sin perder un ápice desde la plaza del Congreso de la nación; y allí mismo un canallita trataba de vender un periodicucho que en grandes caracteres anunciaba que Mons. Napal se había matado. Se dijo al canallita lo que era del caso, y cesó la burla.

El Cardenal Pacelli se dirigió resueltamente al Presidente de la República. Este, con efusiva cordialidad y frase adecuada, le dió el saludo de bienvenida, al que correspondió el Cardenal con una profunda reverencia.

Interpretados por la banda el Himno Pontificio y el Nacional, el intendente municipal de Buenos Aires avanzó un paso para dar lectura a su discurso de bienvenida en nombre de la ciudad. Fué muy acertada su primera frase. "Saludo—dice—en vos al soberano más poderoso de la tierra." Y tras muchos conceptos llenos de sentido, en que resalta el llamar al llegado "Emisario de Cristo-Rey", concluía el intendente con palabras del Evangelio muy adecuadas al momento histórico: "Por eso será bienaventurado este pueblo si conoce su hora, si comprende el mensaje de Cristo: En esta hora de la paz que le ha sido dada."

Sorprendió a todos el Legado de Su Santidad respondiendo con una elocuente improvisación en castellano (1). En ella resonaron como vibrantes notas las grandes esperanzas que el representante de Su Santidad había colocado en el Congreso Eucarístico. Así recordamos haber oído por los altoparlantes, y leemos en la nota que dió el Legado reconstruyendo su discurso: "A la complacencia que en toda otra ocasión hubiéramos experimentado de vernos en medio de un pueblo noble e hidalgo... se une ahora el placer, y mejor diré, la consolación divina de presidir unas fiestas que creo podemos llamar, sin hipérbole, las más grandes solemnidades católicas que jamás haya presenciado la inmensa América latina." Igualmente al final: "Desde ahora unidos en un solo pensamiento y en una sola aspiración, buscaremos todos que se realice lo que se ha impreso en los programas del Congreso Eucarístico Internacional, con frase que lleva en sus letras lla-

(1) Acaso gustará el lector de ver cuán gráficamente describe el cronista de *La Nación* (l. c.) la transición del discurso del Intendente al del Legado. "Cuando el intendente municipal dió término a su discurso de bienvenida, Su Eminencia inclinóse agradeciendo los términos del mismo, y en seguida, recordando su majestuosa actitud, aspirando con vigor, irguiendo el pecho, ornado por larga cadena de oro y grana, de la que pendía regia cruz, y tras haber paseado una honda mirada grave por los circunstantes, habló improvisando un vigoroso discurso, acaso inesperado, que subyugó a los presentes." Quien esto suscribe, adivinando por lo que oía que hablaba el Legado de Su Santidad, encontró incrédulos a sus vecinos, que lo creían imposible. Mas al terminarse el discurso, Mons. Napal anunció que acabábamos de oír al mismísimo Card. Pacelli.

maradas insaciables de celo: el triunfo mundial de Jesucristo, Rey de la paz.”

Fué un augurio feliz que tuvo la más plena realización (1).

En seguida la comitiva emprendió la marcha para recorrer la zona más céntrica de la ciudad (*La Nación*, l. c. pág. 4, col. 5). La mayor curiosidad se concentra en la carroza que lentamente avanza, semi-oculta por una sección del regimiento de granaderos a caballo que la rodea. La ovación es atronadora. Caen de los balcones flores en enorme profusión, y las damas apostadas en la plaza arrojan también sus ofrendas florales al Legado Pontificio. Los cuatro caballos de la carroza marchan a paso lento, dejando el tiempo suficiente para que todos contemplen al Cardenal Legado, acompañado por el Presidente de la República. La diestra del representante del Pontífice se eleva y desciende dibujando la señal de la cruz. A derecha e izquierda imparte la bendición con solemne ademán. Brilla en su rostro levísima sonrisa al descubrir la ancha avenida que se abre a sus ojos cuajada de banderas y escudos, y al divisar el espectáculo que brindan los bal-

(1) La misma idea de la grandiosidad que iba a revestir el Congreso Eucarístico había sido emitida antes también oficialmente por el Cardenal. Porque al llegar el “Conte Grande” en aguas jurisdiccionales argentinas, el Presidente de la República le envió un mensaje que expresaba “la feliz disposición de todo el país para celebrar dignamente el gran acontecimiento del Congreso eucarístico.” La respuesta del Legado era de este tenor: “Conmovido respondo al cordial saludo de bienvenida enviádome, como Legado del Papa, por V. E., en nombre del pueblo y Gobierno de vuestra digna nación, llegádome al tocar aguas argentinas, acompañado del retumbar del cañón de vuestra gloriosa flota.” “De corazón pido al Señor derrame abundantes gracias sobre vuestro amado pueblo, que tendrá el honroso privilegio de ver desarrollar en su suelo ese grandioso triunfo mundial al Rey de la Eucaristía.” A la llegada del Cardenal el Presidente Justo enviaba a Su Santidad Pío XI este cablegrama: “En el instante en que Su Eminencia el Cardenal Pacelli desembarca en tierra argentina, elevo a Vuestra Santidad las expresiones del íntimo reconocimiento del pueblo y Gobierno argentinos por el honor que se ha dignado dispensarnos, enviando a Su Eminencia el secretario de Estado, Legado a latere al Congreso Eucarístico, cuya celebración en Buenos Aires importa una insigne distinción.” Ruego a Vuestra Santidad que quiera aceptar en nombre del profundo sentimiento católico de la nación los votos que formulo reverentemente por la mayor gloria de de Dios, por la constante elevación de la fe cristiana y por el bienestar de Vuestra Santidad.” ¡Huelgan los comentarios ante esa armonía de sentimientos católicos.

cones, en los cuales se apiña la emoción de las manos que aplauden y los labios que aclaman. El Presidente de la República lleva en sus manos el sombrero, y saluda a diestra y siniestra con emocionada satisfacción.

El paso por la Avenida de Mayo

Pues llegada la carroza presidencial con el Legado Pontificio a la Avenida de Mayo, la más céntrica de la ciudad, la cual une el Congreso de la nación arrancando de su gran plaza, con la histórica de Mayo donde se hallan ubicadas la Catedral y la Casa rosada, el palacio del Gobierno de la República, las aclamaciones, los vítores y aplausos, las demostraciones delirantes de entusiasmo no reconocieron límite. Se daba por descontado que aquél sería el punto de máxima concentración en tan solemne entrada, pero el hecho superó todas las previsiones humanas.

Grandes banderas de distintas naciones aparecían en todas partes, unidas a la enseña blanca y oro del Vaticano, y a los colores argentinos.

Las secciones extranjeras para presenciar el paso del Legado habían sido instaladas en la plaza del Congreso Nacional; y en cuanto hubo pasado la comitiva, todas se abalanzaron detrás de la guardia de granaderos, con sus distintas banderas y variados estandartes, y como un torrente descendieron llenando la calzada todo lo largo de la gran arteria de más de un kilómetro hasta la plaza de Mayo. Toda ella ofrecía la más alegre y vistosa perspectiva que puede ofrecer un pueblo.

Pocos meses antes habíamos presenciado junto al Congreso Nacional la afluencia de hombres de una gran concentración obrera el día de la fiesta del Trabajo, y nos habíamos preguntado con cierta preocupación si el Congreso Eucarístico tendría la suficiente atracción para igual masa de hombres; y ahora nos maravillábamos de contemplar cuán inconmensurablemente superiores eran los comienzos de la fiesta de la Religión a la fiesta del Trabajo, cuanto a la misma masa humana y obrera. Ni nos maravillaba sólo la superioridad numérica, sino también y más que nada la simpatía universal que despertaban en los espectadores los que más participaban en la manifestación de fe católica romana.

La recepción en la Casa Rosada

No nos detendremos en la ceremonia religiosa de la Catedral, cuyos cantos "Tu es Petrus" y "Ecce Sacerdos Magnus", etc., ditundidos por los altoparlantes, hicieron estremecer de júbilo a la ingente multitud que descendía por la Avenida de Mayo. "La visita del Cardenal Legado, rostro y figura ascética y expresión de intensa vida interior—dice *La Nación* (l. c., pág. 3, col. 8)—, dió al acto su sello solemne; el séquito pontificio, la compañía cardenalicia, los dignatarios de la Iglesia, el coro majestuoso, la presencia del clero argentino y extranjero y de las autoridades supremas de la nación le llevaron la magnificencia y los contornos de un acto inolvidable."

Pasando por alto tan espectacular acto religioso, llegamos a la recepción en la Casa rosada, que tenía lugar dos horas después, a las 18'35. Este complemento de la gran recepción, a pesar de su carácter protocolar, alcanzaba excepcional relieve, pudiéndose afirmar que fué uno de los actos de mayor trascendencia diplomática que se hayan verificado en la casa de Gobierno de la República Argentina. Huelga decir lo selecto de las personas allí congregadas en espera del Legado Pontificio, en tan gran número como se deja entender.

Llegó, pues, a la Casa rosada el Cardenal Legado a la hora convenida, y penetró en el Salón Blanco acompañado del introductor de embajadores, Dr. Amaya. Al momento fué objeto de una intensa salva de aplausos, que no cesó hasta que el Cardenal estrechó las manos del Presidente, general Justo.

Terminadas las presentaciones de estilo, Su Eminencia conversó con el general expresándole la inmensa satisfacción que acababa de experimentar a su llegada con aquella elocuentísima demostración de entusiasmo religioso. Jamás podré olvidar—decía—la cordial acogida que el pueblo y las autoridades me han tributado, pruebas fehacientes del filial amor que en la Argentina se profesa a Su Santidad, a quien represento. Terminó asegurando que, sin hipérbole, se podía calificar de maravilloso el recibimiento que se le había dispensado.

El Presidente, emocionado por frases de tan sincero agradecimiento, subrayó que la presencia del Cardenal Legado había tenido la virtud de demostrar el fervor religioso de la población, que había acogido con verdadero cariño al representante del Sumo Pontífice.

LUIS TEIXIDOR.

(Continuará.)